

CLARA EISMAN PATÓN
AUTORA-LIBRO-TITULO-
EL ANCIANO Y SU BELLA CRIATURA.
1993.

PRÓLOGO

Es bello y guarda armonía dentro de cada uno de nosotros, conociendo la verdad que hay en la madre naturaleza, que nos mimas y nos enseña.

El sol nos ilumina y nos convierte en seres maravillosos. Sus rayos hacen que los árboles, flores y todas las plantas puedan vivir en su gracia de amor.

El agua que sostienen las nubes, es para que alimente la tierra y le de fuerza para que siga elaborando.

Los animales son criaturas de la creación al igual que somos los seres humanos.

Hay que buscar el corazón y escuchar la voz que nos habla. Amar al más desvalido, ayudar al que más lo necesite, compadecer al que sufre.

Todo lo que se haga en el nombre del amor, dará sus frutos y la tierra embellecerá.

Hay que defender lo que es justo y dejar a un lado lo que no es. Aplicar la lección de ir en defensa del maltrato a los niños y también el de los animales, ellos no pueden defenderse.

La paloma que cada ser humano llevamos dentro, hay que darle libertad y dejarla volar. CLARA EISMAN PATÓN.

CAPITULO -1 –

Estaba anocheciendo, el cielo tenía un manto extendido color rosa y reflejos amarillos que el sol iba dejando mientras que se ponía en el otro lado de la tierra.

Yo iba andando por un camino estrecho, todos los días hacía el mismo recorrido de mi trabajo a mi casa. Era verano, por dónde pasaba habían árboles de jazmines y rosales que daban rosas salvajes, su aroma se extendía por aquel bonito lugar lleno de belleza.

Oí pasos que venían detrás de mí, estaban muy cerca por el sonido que yo oía en mis oídos de ir arrastrando los pies. Me di la vuelta para ver de quien se trataba. Venía pisándome los talones, un anciano mal vestido. Sus trazas eran las de un mendigo. Él iba de prisa, yo me puse a un lado cediéndole el paso, cuando íbamos hombro con hombro, se paró, me miró y me dijo con suave.

-¡Es de agradecer el perfume que deja el jazmín y las rosas!.

-Sí –dije al mismo tiempo que le hacía un saludo con la mano- El jazmín está abriéndose, ya es de noche, las rosas silvestres se quedan con su aroma hasta que van muriendo.

El anciano ya no tenía prisa por llegar a algún lugar. Era la primera vez que lo veía, andábamos los dos a la par. El aroma que me llegaba de él, era agradable, vestía igual que un mendigo pero iba aseado, quizá era por eso que me gustaba su conversación y que fuéramos juntos hablando del perfume de las flores. Miraba su barba blanca mal cortada y también sus cabellos, largos, blancos y desaliñados y revueltos. Su rostro era risueño, ojos azules un poco picarones. Resultaba simpático y dado a toda clase de conversación. Noté que era un hombre culto de haber conocido mucho mundo, era la primera vez que hablaba con una persona de esta clase, se veía que era feliz. Cuando paraba de hablar dejaba en su boca una sonrisa de bienestar.

Mi casa estaba en el pueblecito que había cerca de allí, era pequeño y rodeado de montañas. Yo vivía con una hermana mía. Nuestros padres hacía un año que habían muerto, uno se fue detrás del otro.

Habíamos llegado a la entrada del pueblo, mi casa estaba cerca de allí. Me despedí del viejo mendigo diciéndole.

-¡Bueno, me quedo aquí! ¿usted dónde va? ¿conoce a alguien que viva aquí?.

-¡Yo también habito en el pueblo!.

Me quedé pensando si yo lo conocía, no me recordaba a nadie. Le dije.

-Tengo treinta años, hoy por primera vez lo he visto. Este pueblo es pequeño, todos nos conocemos. ¿Dónde vive?.

El anciano señaló con el índice una montaña y dijo.

-¡Vivo allí en una cueva!. En la montaña no hay ruido, todo es tranquilidad.

Habíamos llegado a la puerta de mi casa. Era una noche calurosa, estaba mi hermana sentada en la puerta en una silla. Ella me miraba descaradamente cómo interrogándome, quien era ese viejo andrajoso con el que yo iba hablando. Ella sabía que yo era muy escrupuloso y que guardaba las distancias con gente mal vestida y desaliñada. El

anciano al ver que no paraba de mirarlo, la saludó diciéndole.

-¡Buenas noches!.

Ella no respondió al saludo. Era fácil de esperar con el carácter tan difícil que tenía, sólo yo la soportaba porque era mi hermana y vivíamos en la misma casa. Algo se estremeció dentro de mí, y sentí lástima por el anciano. Él sonriente me dijo.

-¡Yo continuo mi camino, todavía me queda un trecho para llegar!.

Vi como cogía la vereda que subía a la montaña.

Mi hermana estaba con el ceño fruncido, sabía el chaparrón que me venía encima pero, a todo se acostumbra uno. La miraba esperando qué iba a decirme con los reproches que siempre utilizaba para que me sintiera mal.

-¿Qué hacías blando con ese viejo lleno de pulgas?-me dijo con la mirada retorcida.

-¿Porqué no le has devuelto el saludo?-le reproché a ella.

-¡Porque no me gusta la gente sucia, y, menos que se pare para hablar conmigo!.

-¡Siempre me decepcionas!-le dije enfadado-¡Es un anciano educado y correcto!.

-¡Antes de sentarte en la mesa para cenar, te lavas las monos!-dijo para ofenderme.

-¡Sabes muy bien que cada día al volver del trabajo voy directamente a la ducha!.

Cenábamos en un silencio absoluto, sólo se oía el charrasquear del cuchillo y el tenedor en el plato. Ella rompió el silencio diciendo.

-La señora Dolores está muy enferma, hoy han venido a darle la extremaunción.

-¡Que descanse en la paz de dios!-dije.

-¡Todavía no ha muerto!-respondió mi hermana con la mirada puesta en la mía.

-¡Hace una hora que murió- le dije.

Mi hermana dejó el tenedor y el cuchillo dentro del plato. Me miró fijamente y me dijo.

-¡No me gustan tus bromas, esta es de mal gusto, me has quitado el apetito!.

-¡Lo siento hermana, pero lo que te he dicho es la verdad.

Ella se levantó de la mesa, entró en su dormitorio, salió a los diez minutos con los zapatos de salir puestos. Se dirigió a la puerta, se dio la vuelta y me dijo.

-¡Voy a ver si es cierto lo que acabas de decir!.

Yo me quedé cenando, esto que dije no me había quitado el apetito, esa noche tenía un hambre cómo para comerme un pollo entero.

Mientras comía pensaba en el anciano. Me preguntaba si él, había comido o si tenía algo para comer. El lugar que me señaló todo por allí era hierba, yo iba a veces para dar largos paseos, la montaña me gusta y los animalillos que por allí se ven también. Recuerdo cuando era niño subía esa montaña con otros niños, ahora son escaladores, yo no llegué a tanto. Jugábamos escondiéndonos en pequeñas cuevas. Un día sin que me diera cuenta toqué una serpiente que estaba cambiando la camisa. Yo me asusté, creía que me iba a picar, pero, el animal siguió con su tarea sin que yo le importara nada.

Estaba seguro de conocer la cueva dónde vivía el anciano, tenía que ser la más grande que hay en

ese lugar tan especial, qué me trae muchos recuerdos de mi infancia.

Un pensamiento me vino a la mente. Era cómo una voz que me decía-¿Por qué comes tanto, no conoces a alguien que no tenga nada?.

Me levante de la mesa y fui hasta la puerta de la calle. Tenía dolor de estomago de tanto que había comido. Hacía calor dentro de casa, estaban las ventanas y balcones abiertos sin que corriera una pizca de aire. Me encontraba inquieto y nervioso sin tener motivos para estarlo. Yo era un hombre tranquilo y sin preocupaciones. Me puse a pasear por la calle para ver si respiraba un poco de aire. Decidí ir a casa de la señora Dolores. Antes de llegar oí llantos y sollozos de sus hijos y familiares. Miré por la ventana de rejas, estaban velando el cadáver.

Mi hermana compartía el dolor. Cuando mis padres murieron, la señora Dolores nos ayudó mucho con palabras reconfortantes y haciéndonos compañía. No fui capaz de entrar y de quedarme un rato allí. No soportaba ver ni oír a gente llorar. Yo había llorado mucho cuando mis padres murieron, ellos eran lo que yo más quería. Me fui de allí y estuve andando por las calles del pueblo sin saber dónde

Ir. Al día siguiente me levantaba temprano para irme al trabajo.

Llegué a mi casa, recogí la mesa. Mi hermana vendría de madrugada. Dejé los platos dentro del lavavajillas y me fui a la cama.

CAPITULO -2 –

En el pueblo había una fábrica de azulejos, yo trabajaba allí de lunes a sábado, sólo tenía un día para descansar, el domingo.

Habían pasado diez días del encuentro con el anciano, en todo este tiempo no lo había visto. Cada tarde al volver del trabajo y al pasar por el caminito estrecho y perfumado de Jasmín y de rosas, pensaba en él, y en qué vida tendría viviendo sólo en una cueva de la montaña. Me resultaba simpático, y aunque fuera mal vestido, me gustaba su compañía.

Era domingo y por la mañana, este día me quedaba más tiempo en cama para dormir dos horas más.

Mi hermana entró en mi dormitorio, descorrió las cortinas del balcón para que me levantara.

Se acercó a mi cama y me dijo.

-¿Sabes la hora que es?.

-¡No lo sé, pero me da igual!-le respondí dándome la vuelta.

Ella cambiando de tema me dijo.

-No me puedo olvidar la noche que murió la señora Dolores. ¿Cómo sabías que hacía una hora que había muerto?.

Cogí la postura bocarriba, la miré y le dije.

-No lo sé, me vino eso a la mente.

Mi hermana me observaba sin parpadear, pasados unos instantes le pregunté.

-¡Qué ocurre con mi cara! ¿Ahora no te gusta?.

Antes de responderme meneó la cabeza en forma negativa, luego dijo.

-¡Desde que viste al viejo mendigo no eres el mismo! ¡Fue precisamente esa noche que me dijiste que la señora Dolores había muerto! ¿No te parece un poco extraño?.

Sin responderle nada, me levanté de la cama y fui al cuarto d baño.

Era cierto lo que mi hermana me dijo. Yo no lo había notado pero en el trabajo, si me comentó un compañero, que no era el mismo y, que había notado en mi un cambio. No supe qué responderle, si era cierto que me notaba más nervioso, más inquieto y preocupado por el que menos tenía y pasaba hambre. Antes esto, no era un problema para mi, pensaba que, el que menos tenía no era culpa mía. Yo no era rico, vivía de mi trabajo, la casa donde vivía con mi hermana había sido heredada de mis padres, era mitad de ella y mitad mía.

Me duché y bajé al comedor a desayunar algo, más que desayuno fue comida por la hora que era, casi las dos de la tarde.

Noté a mi hermana preocupada por mí, era normal que lo estuviera aunque yo no estaba de acuerdo. Me sentía bien de salud y con ganas de hacer cosas nuevas. Necesitaba que en mi vida llegara un cambio bueno. A mi edad estaba soltero y sin novia, las jóvenes casaderas que habían en el pueblo, no me gustaban por su carácter retraído y apocado. En el pueblo era eso lo que había.

La convivencia con mi hermana era casi ninguna, ella también tenía esa manera de ser, con treintaicinco años nunca había tenido novio. Era retorcida cómo una trenza mal hecha.

Después de haber comido bien, me fui al dormitorio, me puse el pantalón de los domingos y una camisa blanca de manga corta. Le dije a mi hermana que iba al campo a dar un paseo y que volvería a la tarde. Ella me echó una mirada de interrogación para que yo le dijera dónde iba exactamente. No dije nada y salí de la casa.

Cogí el camino que lleva a la montaña, tenía una obsesión, era saber dónde vivía el anciano. Estaba seguro que lo iba a encontrar en la cueva más grande de las cinco que hay.

El campo estaba iluminado por amapolas, rosales salvajes, margaritas de una blancura inmaculada, de florecillas color violeta. Se cruzaban animalillos que viven entre la tierra y la roca. Esa era la vida que a mí, me gustaba vivir.

Ya era cuestión de ir subiendo la montaña piedra por piedra. Me recordaba cuando lo hacía siendo

Niño con mis amigos de la escuela, jugábamos haciendo campadas. Había veces ya casi de noche, venían algunos padres en busca de nosotros.

A mi mente vino un pensamiento que era una pregunta que yo me hacía- ¿Por qué buscas a ese anciano?-¿ Si lo encuentras que le vas a decir?.

Me paré y pensé antes de continuar. Me di la vuelta para coger otro camino. En ese instante oí los ladridos de un perro que procedían de arriba de la montaña. Miré y comprobé que se trataba de un perro de raza labrador. Los ladridos iban dirigidos a mí, movía la cola contento de verme. Me estaba invitando a que subiera, le hice caso y seguí subiendo la montaña.

El anciano me estaba esperando delante de la cueva con una sonrisa de bienvenida.

Llené mis pulmones de oxígeno antes de hablar, fue él que me saludó diciendo.

-¡Hola muchacho!.

-¡Hola!-respondí con voz cansada.

En verdad no sabía qué le iba a decir, me vino una idea a la mente y le dije.

-¡Este lugar es precioso, desde aquí hay un bonito paisaje!.

-¿No habías venido antes? ¡Has nacido aquí!.

Yo sonreí escondiendo la evidencia.

Habían dos piedras grandes en cada lado de la cueva que servían de asiento, él dijo.

-¡Sentémonos para hablar un rato!.

Estábamos sentados uno frente al otro, y, en medio se acostó el perro labrador. Yo miraba al animal, lo feliz que era y lo bien conservado que estaba. Dirigiéndome al anciano le pregunté.

-¿Es suyo?.

-Sí-respondió.

-¿Hermosa pieza verdad?-le dije.

-¡Bella criatura!-respondió él.

Me quedé cayado sin saber qué responder. No quería preguntarle nada más sobre el animal por si me equivocaba y le sentaba mal. Me di cuenta que las frases que utilizaba estaban llenas de amor. Yo me veía pequeño a su lado, incluso sentía vergüenza por no tener palabras más adecuadas.

Nos miramos. Yo me disculpé diciendo.

-¡Pido perdón si en algo no he sido correcto!.

Él extendió sus brazos hacía los árboles y las flores y, respondió.

-No es a mí a quien tienes que pedir perdón, sino a la madre naturaleza que ve y oye lo que decimos.

-Pues a ella le pido que disculpe mi torpeza, y, también a esta bella criatura-dije inclinándome-Sé que su vida es tan valiosa cómo la nuestra.

-Tiene también espíritu y alma-dijo él.

Nos quedamos cayados mirando las flores del campo y los árboles majestuosos dando compañía y belleza a todo lo que alzaba a su alrededor.

Cada instante qué pasaba me atrevía menos a preguntarle algo que no supiera, prefería tener la boca cerrada. El anciano mendigo, era menos mendigo de lo que yo pensaba.

Él me levantó el ánimo diciendo.

-¡Bueno muchacho, para algo has venido! ¿De qué quieres qué hablemos?.

Le dije la verdad de lo que pensaba hacía él.

-Usted me fascina con su sabiduría. Me pregunta, de qué hablamos. Yo no sabría llevar una conversación cara a cara. Sólo conozco lo que pasa en el pueblo y lo que dice la gente.

-¡Bueno, ya es algo!-dijo riendo para alegrarme un poco.

-¿Vive aquí?-le pregunte.

-Desde hace algunos años-dijo él.

-Nunca lo he visto.

-Yo a ti todas las tardes cuando sales del trabajo, de la fábrica de azulejos.

Me quedé sorprendido por tanta exactitud.

-¿Cómo lo sabe?-le pregunte.

Mientras acariciaba su perro me dijo sonriendo.

-Te veo muchas mañanas cuando entras y sales del trabajo.

-Entro a las siete de la mañana. ¿Está usted allí?.

-Sí, muchacho. No duermo siempre aquí. Soy un alma libre, voy, y vengo de aquí para allá.

-Le voy hacer una pregunta, si no le gusta, me echa de aquí. ¿Usted no es un mendigo verdad?.

Sus ojos picarones sonreían, meneó la cabeza y preguntó.

-¿Aparento ser un mendigo?.

Chasqueé los dedos y dije.

-¡Otra vez he metido la pata!.

Él rió mostrando su dentadura blanca en perfecto estado.

-¿No le ha molestado que le dijera mendigo?.

-No. ¿Por qué me iba a molestar?. Cada uno puede ir vestido como más le guste. A mí me sobra y me molesta la ropa que lleve de más, y, como no tengo un lugar fijo, cuanto menos lleve conmigo mejor.

Como vi que era un anciano simpático le pregunte.

-¿Hace tiempo que hace esta vida?.

-¡Desde que era casi un niño!. Siempre hice lo que quise. A la edad de los catorce necesitaba tener contacto con la madre naturaleza y me fui a vivir junto a ella. Me ha enseñado todo lo que se, ha

sido mi maestra, mi guía, me ha enseñado amar a todo ser viviente. Me enseñó a conocer el significado de las estrellas según la posición que tienen, el por qué hay más agua que tierra. Me enseñó el lenguaje de los animales y la belleza que cada uno tiene, aunque algunos sean más feos que otros tienen su valor natural. También me enseñó la manera de pensar del ser humano. Me asusté pero, lo respeté como ella me dijo.

El anciano cesó de hablar. Me fijé en su mirada y en sus ojos azules llenos de alegría de haber podido decirme un poco de su vida. Me di cuenta que era feliz de la manera de vivir que tenía. No reprochaba nada a nadie, no le importaba el más rico ni el más pobre de los humanos. Vivía su vida de la manera que sabía o que más le gustaba.

-¿Cuántos años tiene?-le pregunte.

-¿Cuántos crees que tengo?.

Yo calculé y le dije.

-Setenta.

Él rió alegremente y dijo.

-Ochenta y cinco.

Me quedé que no sabía qué decir. A esa edad subía la montaña, yo con treinta me costaba respirar. Estaba seguro que tenía mejor memoria que yo.

Cómo me vio sorprendido, me dijo.

-La naturaleza no envejece, siempre se conserva joven. Cuando un árbol o un matorral muere, otros están naciendo en otro lugar no lejos de allí. Esa misma ley es para quien la respeta y la quiere.

Me gustaba la manera que hablaba. Dentro de mí había una curiosidad, quería saber de qué manera consiguió el perro que tenía blanco como un copo de nieve. Parecía que lo estuviera lavando y peinando todos los días. Le pregunté.

-¿Hace mucho que tiene el perro?.

-Me ha seguido siempre desde que era un cachorro. Nunca lo he tenido como una propiedad, al igual que yo, es un espíritu libre.

-¿No sabe de dónde salió?.

-No conozco su procedencia. Tenía como tres meses cuando un día me di cuenta que me seguía a todos lados. Ahora tiene cinco años esta bella criatura. No tengo que decirle que me voy, él me sigue. Hay veces que no quiere moverse de aquí, se encuentra bien en la cueva.

-¿Le ha puesto un nombre?.

-Lo llamo nata, porque pertenece a la naturaleza y por lo blanco que es.

Le hice una pregunta por curiosidad.

-¿Nata lo acompaña en todos los viajes que hace por toda la tierra?.

-Cuando quiere sí.

-¿Y cuando no quiere qué pasa?.

-Se queda aquí o en otro lugar.

Realmente no entendía muy bien lo que me quería decir, y le pregunte.

-¿Conoce usted a otras personas que se hacen cargo de nata?.

-¡No muchacho!. Antes te he dicho que es un

Espíritu libre. Siempre me encuentra esté dónde esté. ¿Te parece raro?.

-¡Sí desde luego, muchísimo!-dije asombrado.

-¡Te creo!-dijo el anciano muy seguro.

-¿Conoce usted toda la tierra?-le pregunte yo que nunca había salido del pueblo.

-Una gran parte, puedo decir casi toda la he recorrido a pie.

-¿Se ha encontrado a veces en situaciones peligrosas?.

-Sí muchas, pero la madre naturaleza me enseñó que, a toda adversidad tenía que guardar la calma, no ponerme nervioso. El peligro a todos siempre nos acecha pero, si lo miramos de frente y tranquilos, pasa de largo.

Le pregunte emocionado.

-¿Puede contarme algo importante que le haya sucedido?.

Él miró al cielo como si de esa manera dejara su memoria correr. Después de estar unos instantes así, me miró y me dijo.

CAPITULO -23 –

-¡Escucha bien con atención!. Era yo muy joven, quizá más de lo que tú eres. Creía que tenía experiencia porque hacía años iba sólo andando por el mundo. Llegué a un pueblecito pequeño, llamé a una puerta y pedí alojamiento para esa noche. Los habitantes de esa casa eran pobres, gente muy humilde que trabajaban sus tierras. Se trataba de un matrimonio con un hijo y una hija. La chica era mayor que su hermano, tenía dieciocho años.

Me dieron alojamiento en un sofá que había en la cocina y cerca de la chimenea. No tenían otro lugar para ofrecerme, me dio igual, estaba mejor allí que en la calle.

Al día siguiente me ofrecieron trabajar con ellos en el campo, a cambio de comida y cama que era el sofá. Yo acepté, era gente que me gustaba por su sencillez.

La hija era bonita y se fijó en mí. Yo también era joven y apuesto, sabía que le gustaba a las mujeres, pero no había tenido relaciones con ninguna.

Hacía quince días que trabajaba para ellos. Una noche estando cenando, el padre junto a su esposa me propusieron casarme con su hija. Yo me quedé sin saber qué decir. Mis pensamientos nunca habían sido de casarme, era un espíritu libre, iba recorriendo la tierra y, el lugar que me gustaba allí me quedaba por un tiempo.

Los padres me convencieron. Ella era joven y me gustaba. En una semana nos casó el cura del pueblo. Yo cogí mi responsabilidad como hombre casado que era. Renuncié a mis viajes a pie por la tierra.

Hacía un mes que nos habíamos casado. Todo por el momento iba bien, la quería y deseaba que llegara la noche para estar juntos. Una noche me confirmó que estaba embarazada. En ese momento pensé que tendría que ser de un mes, puesto que ese era el tiempo que hacía estábamos casados, pero, me sorprendió que estuviera embarazada de ese tiempo. El vientre tenía forma de estar al menos de tres meses. Me quedé con dudas, aunque no pensaba que ella hubiera tenido anteriormente una relación con alguien. Al casarnos pensé que era virgen, yo no conocía a la mujer en este terreno,

porque nunca había estado con otra.

Mi carácter empezó a cambiar a causa de mis dudas y presentimientos. No salía a la calle por miedo a que la gente se burlara de mí. Ya no teníamos relaciones, yo no quería nada con ella. Me volví agrió, desagradable y muy estúpido sin querer dirigirle la palabra.

Llegó el día que dio a luz. Hacía seis meses que estábamos casados. El sinvergüenza que lo había hecho, dejó el marrón para mí.

Nació un niño, tenía problemas respiratorios y de corazón. Siempre recordaré a ese bebé indefenso y enfermo por culpa mía, por los malos tratos que le di a su madre estando él en el vientre. Ese pesar lo llevé toda la vida conmigo, y, pensaba de mí, la mala persona que era, incluso peor que ese que la dejó embarazada y después la dejó cómo una hoja muerta. A dios le pedía con lagrimas que me castigara por el hecho tan horrendo que hice con un espíritu que llagaba a la tierra. En aquella época no habían muchos adelantos en la medicina, también vivíamos en un pueblo y éramos pobres, el niño murió a los seis meses.

Nunca le pregunté a ella quien había sido el cobarde que la dejó embarazada y abandonada. Creo que yo fui más cobarde que él y más ruin, dándole una vida miserable en su estado.

Todo entre nosotros había terminado, allí no me retenía nada. Los padres de ella y su hermano me dieron la espalda, me lo merecía. Me fui de ese pueblo dejándome atrás muchas miserias y malos hechos que yo había cometido.

El anciano hizo una pausa. De sus ojos azules caían dos gruesas lagrimas, lloraba con pena sin poderse retener. Yo no sabía qué decirle, esta historia que me había contado era escalofriante y para pensarla y no hacerla a nadie en la vida.

Quise darle unas palabras de consuelo y le dije.

-No se atormente con el pasado, ¡ella tampoco le dijo la verdad!. Sus padres vieron en usted una salida para limpiar el honor de su hija.

El anciano secó las lagrimas con las yemas de sus dedos, siguió diciéndome.

-Ella sabía que si me decía la verdad, no me caso.

Tenía una criatura en el vientre. Yo sólo miraba por mí, y, pensaba que me habían cogido de cebo, me habían engañado.

Creí que había aprendido mucho de la madre naturaleza, y, me di cuenta, que estaba equivocado al no haber podido dar la cara a esta prueba.

Estaba anocheciendo, había estado con el anciano casi todo el día. Me levanté de la piedra dónde había estado sentado. Eché un vistazo en el interior de la cueva, en el suelo había un saco estirado, pensé que sería la cama dónde él dormía.

Antes de irme le pregunte.

-¿Tiene comida?. ¡Puedo traerle si la necesita!.

-No necesito alimentarme como cuando era joven, he comido esta mañana. Nata también come conmigo, los dos estamos bien.

-¿Qué han comido?-le pregunte.

-De lo que encuentro en el campo, setas, las aso, también fresas salvajes, almendras. No pasamos hambre, con una vez al día que comamos tenemos bastante.

Me despedí diciéndole.

-Es hora de que me vaya. Mi hermana estará impaciente sin saber dónde estoy.

-¡De acuerdo muchacho, ven a verme otro día!. Esta historia de mi vida que te he contado es, la primera vez que se la digo a alguien.

-Gracias por haberme contado algo tan valioso de su vida, lo tendré en cuenta.

Acaricie a nata, levantó la cabeza para mirarme y, seguidamente se quedó como estaba. Bajé la colina con paso rápido, pensaba en mi hermana, estaba seguro que me esperaba un buen rasca polvos conociéndola.

Cuando llegué, estaba esperándome sentada en la puerta de la casa, como siempre hacía con el ceño fruncido y con la mano levanta, es un decir. Al verme, no dijo nada, yo que pensaba que me estaba buscando por todo el pueblo.

-¡Hola!-le dije con voz cansada de haber corrido.

Ella me saludó de la misma manera pero sin gana.

Me disculpé diciéndole.

-¡He estado mucho tiempo fuera de casa!

-¡Se que has estado con tu amigo el mendigo!

-¿Cómo lo sabes?-le pregunte extrañado.

-¡Sabía que irías a verlo!. Él te impresionó la primera vez que lo conociste. ¿Has sacado muchas conclusiones con él?.

Se burló de mí hablándome de esta manera. Me sentó mal, entonces le dije.

-¡No juzgue a una persona antes de haber hablado con ella!. ¡Pudieras estar equivocada!.

Ella se rió con ironía diciéndome.

-¡Qué habrá podido enseñarte ese vagabundo!.

-¡Cosas muy buenas!-le dije con rabia-¡ Cosas que tú nunca sabrás por muchos años que vivas!.

Se levantó de la silla, la cogió para entrar en la casa y mirándome me dijo con sarcasmo.

-¡Me da igual donde vayas, allá tú!.

Cené sólo, ella ya lo había hecho. Seguidamente me fui a dormir, al día siguiente tenía que ir a trabajar.

CAPITULO -4 –

Habían pasado más de quince días que no había vuelto a ver al anciano. El último domingo estuve en la cueva y no estaba. Lo estuve buscando por todos los alrededores sin éxito. Había desaparecido con su perro de ese lugar.

El verano había pasado. El otoño estaba en su apogeo, el suelo de las calles estaban medio tapadas por las hojas muertas que iban cayendo de los árboles. El frío también había hecho su aparición. Dónde mejor se estaba era dentro de casa junto a la chimenea, mirando arder los chopos de leña o leyendo un libro.

Yo estaba convirtiéndome en un viejo solterón, pronto me iba a parecer a mi hermana, rabioso, gruñón y sin ganas de hacer nada. Esto me dio en qué pensar, mi vida se estaba yendo sin que me diera cuenta. Decidí salir por las tardes cuando volviera del trabajo y por supuesto los domingos.

En el casino del pueblo se reunían la mayor parte

de la gente adinerada. Me hice socio, desde que lo frecuentaba, mi vida iba cambiando para mejor. Hice amigos, los mismo que tenía en el colegio, ellos estaban casados y con hijos. Teníamos largas tertulias recordando nuestra niñez y todas las travesuras que hacíamos. Aún así, yo no era feliz, dentro de mí había un vacío muy grande que nadie podía llenar.

En la puerta del casino se ponía cuando no llovía o no hacía mucho frío, una mujer joven vendiendo tabaco. Yo no fumaba, no me paraba para comprarle. Cada vez que la veía sentía mucha pena. Era bonita pero no tenía muchos medios para comprarse ropa, siempre iba vestida de la misma manera. El afán de ella era vender tabaco, hablaba con los hombres para que le compraran.

Una tarde yo entraba al casino, no me di cuenta que ella estaba, oí a mis espaldas la de una mujer que dijo.

-¡Señor por favor cómpreme tabaco!.

Me di la vuelta, se trataba de la joven vestida pobremente. La miré, vi que tenía los ojos de haber llorado, yo compasivo le dije.

-No fumo.

-Bueno, que le vamos hacer-dijo triste.

Entré en el casino, me senté en una mesa.

Mientras que venía el camarero mi vista se puso en la entrada de la puerta. Veía a la joven forzándose para que le compraran, ese no era un día bueno para ella.

Sin que me diera cuenta de lo que hacía, me puse de pie y salí fuera. Cuando vi que estaba frente a ella, no sabía qué iba a decirle. Me quedé parado mirando los rasgos encantadores de su cara, de sus ojos negros llenos de luz lo más parecido a un diamante, de su nariz respingona y boca bien perfilada. Me di cuenta que estaba ante una belleza sin recursos de poder exteriorizarla. Me había quedado como un lelo, sin habla y apenas sin poder respirar. Ella me miraba esperando qué iba a decirle, se había dado cuenta que yo estaba allí por algo. Fue ella que dijo.

-¿Señor, qué necesita?.

-Nada-le dije con voz apagada, me vino valor y le pregunte- ¿Necesitas tú alguna cosa?.

-Señor, necesito dinero, bastante dinero.

-¿Para qué quieres tanto dinero?.

-Tengo una niña enferma, la tendría que llevar a una ciudad grande para que la viera un buen especialista, para eso se necesita tener dinero y, yo no tengo, este trabajo que hago no da para nada, sólo para comer un día. Si no pongo remedio pronto, mi hija morirá.

Me quedé helado al contarme su historia.

-¿Qué edad tiene tu hija?-le pregunte con un nudo en la garganta.

-Un año.

-¿Tienes marido?.

Ella con mirada sana me contestó.

-No tengo. El padre de mi hija no quiso casarse conmigo ni echarse obligaciones. Me abandonó cuando supo que estaba embarazada.

Apreté los puños con rabia y pesé-¡Cobardes, qué derecho tenéis para hacer una cosa semejante, para tratar a una mujer de esa manera!.

Eché mano a mi cartera y le di un billete, le dije.

-Sé que esto no va a solucionar el problema pero te va ayudar un poco.

Ella me dio las gracias mostrando una sonrisa medio apagada.

Se me quitaron las ganas de entrar en el casino y me fui a mi casa.

Mi hermana al ver que llegaba tan pronto me preguntó.

-¿No has ido esta noche al casino?.

-Sí, - le respondí al tiempo que cogí una silla y me senté frente a ella.

-¿Qué razón tienes para haber dado la vuelta tan pronto?-siguió preguntando.

-Traigo el corazón destrozado.

-¡Cuéntame qué ha sucedido!.

Le estuve comentando la historia de la joven. Ella retorció la boca en señal de no ser buena mujer. Lo que yo le había contado estaba mal por ir detrás de los hombres. Mi hermana pensaba de esa manera.

-¿Qué esperabas? ¡Ella se lo ha buscado! ¿Es por eso que estás preocupado?-dijo con desaire.

-¿No sientes lástima por nadie?-le dije enfadado-
¿Tu corazón es tan duro para que no siente dolor?.

-¡Por cosas tan vánales no!.

Esa noche me fui pronto a la cama, al día siguiente tenía que madrugar. No podía dormir pensando en esa joven. Mi mente iba y venía recordando cosas del pasado. De pronto vino a mi memoria el anciano, recordé la historia que me contó de su vida, se parecía a la de ella.

Añoraba al anciano ¿dónde estaría? Me preguntaba, ¿qué camino habría cogido esta vez?.

Era un espíritu libre, qué suerte tenía ser de esa manera. Yo hubiese dado lo que tenía por parecerme a él. Ahora necesitaba sus consejos de sabio. Él mejor que nadie me hubiera ayudado en las decisiones que pronto iba a tomar.

Me había enamorado de esa joven, estaba profundamente enamorado de ella. Qué guerra sin cuartel me esperaba con mi hermana. Tan puritana como ella se tenía y lo retorcida que era cuando le

dijera la verdad de mis sentimientos. Solo de pensarlo me daban escalofríos y ganas de irme de casa.

Me pasé la noche en vela pensando en todo esto, yo lo veía como una montaña enorme que tenía que subir yo sólo.

Ese año el frío apareció más pronto de lo normal. Iba yo cada día al casino antes que empezara anochecer. Hacía tres días que no veía a la joven, no sabía si era porque hacía frío o porque su hija había empeorado. Esto hacía que me sintiera nervioso y mal humorado. Mis amigos del casino lo notaron y me hacían preguntas para sacarme la verdad de lo que me pasaba. No quería decirles nada, de antemano sabía que se iban a reír cuando les dijera que me había enamorado de la joven que vendía tabaco en la puerta y que además era madre soltera y de la manera que ella se ganaba la vida.

Todo esto no era nada serio para gente que vivían con tantos prejuicios en un pueblo pequeño donde todos se conocen y tienen que ir derechos para no ser criticados. También era yo antes de esa manera

de pensar, era lo que había visto desde que nació. Sólo se vivía para ver los pecados de los demás pero, escondían los suyos propios.

Pocos eran los que tenían una carrera, él único era el médico y el notario. Todos los demás trabajaban en sus tierras o en la fábrica de azulejos como era mi caso.

Era vísperas de navidad, el pueblo estaba nevado, dos días había estado nevando sin parar. Dentro de casa se estaba bien junto a la chimenea, por la noche antes de irme a dormir dejaba un chopo grueso de leña para que se mantuviera hasta al día siguiente.

Esperaba con ansias que el domingo llegara. Esa tarde al llegar al casino mi sorpresa fue enorme al encontrarme en la puerta a la joven vendedora de tabaco. Mi corazón saltó de alegría y de mis ojos brotaron dos lágrimas de emoción. Sentía deseos grandes de abrazarla, y, pensé que estábamos en navidad, era una buena razón para hacerlo.

Llegué hasta ella lleno de esperanzas. Nuestras miradas se encontraron, yo sin darme cuenta de lo

que hacía la estreché entre mis brazos y le dije.

-¡Feliz navidad!.

Ella se quedó cortada sin saber qué decir, cuando la solté, ella me dijo con voz apagada.

-¡Igualmente le deseo!.

-¿Cómo está tu hija?-le pregunte.

Ella lloraba y con mucha pena me dijo.

-Murió hace un mes.

Al oír esto, sentí deseos de abrazarla más fuerte, sentía por ella verdadero amor, también yo sufría a la par.

-He estado esperándote todo este tiempo-le dije-
Te hubiera ayudado en todo, no es justo lo que te ha sucedido, necesitabas que alguien te reconfortara y te diera su apoyo.

Ella puso sus manos en mi pecho empujándome y me dijo.

-La gente nos mira, deje que me vaya.

-¡No, he estado tiempo esperándote y ahora que te he encontrado, no te suelto-le dije.

CAPITULO -5 –

Dentro del casino había gente de pie mirando por los cristales lo que sucedía. En la calle también nos miraban, se habían detenido para vernos de más cerca y después criticarnos y por último ir con los chismes a decírselo a mi hermana.

La gente no se iba, las ventanas del casino estaban llenas esperando qué iba a pasar. Este era el momento para decírselo a ella y, le pregunte.

-¿Quieres casarte conmigo?.

-Sí.-respondió de inmediato.

-¿Te gusto?-le pregunte.

-Mucho-dijo ella- ¿Todo esto que está pasando es cierto?.

Le dije que se diera la vuelta y viera la gente que nos estaba mirando y hablando de nosotros.

-¿Crees que si no fuera verdad iba yo haber formado todo esto?. ¿Sabes lo que ahora me espera?.

-¿A qué te refieres?-preguntó.

-Más adelante te lo diré. Ahora quiero que nos vayamos de aquí.

En el pueblo estaba el casino y dos bares dónde iban los leñadores y campesinos para tomarse una botella de vino y jugar a las cartas.

Mis deseos eran ir a su casa y ver de qué manera vivía, pensé que estaba sola y que no tenía a nadie.

-¿Dónde vamos?-preguntó ella.

-A tu casa ¿te parece bien?.

-Vivo en casa de mi tía.

-¿Crees que me dejará entrar?

-Sí claro. Ella aunque es mayor piensa de diferente forma que la gente del pueblo, le gusta ayudar.

Faltaba un día para el 24 de diciembre. Creía estar viviendo algo que no era real. Ni siquiera sabía su nombre, ella tampoco el mío, Creo que a los dos nos daba igual, lo importante era que estábamos juntos para siempre, y, nada ni nadie nos iba a separar. Según íbamos andando a casa de su tía, le pregunte.

-¿Cómo te llamas? ¡Queremos casarnos y no sabemos nuestros nombres!-dije riendo.

-Me llamo Isabelina.

-Yo Mauricio-le dije-He nacido en este pueblo y no te conocía.

-Yo a ti sí. Te he visto muchas veces paseando.

-¿Qué pensabas de mi?.

-Pensaba que eras un chico solitario y sin amigos.

-Es cierto lo que dices. Siempre he ido de la casa al trabajo.

Isabelina andaba a la par mía, hacía unos minutos que no decíamos nada. Ella me conducía a la casa dónde vivía con su tía. Observaba su belleza y el encanto que tenía al mirar, también su juventud medio destrozada por el sufrimiento.

Entrábamos por una calle estrecha y de pocas casas bajas con falta de pintura en la fachadas.

Isabelina se paró en una puerta, la empujó y se abrió. Me dijo.

-Es aquí donde vivo con mi tía.

El recinto era pequeño, compuesto por una mesa

Vieja de madera y cuatro sillas del mismo material. Una chimenea apagada. Hacía mucho frío dentro de la casa. La voz de una anciana se escuchó que decía.

-Isabelina, has vuelto pronto.

Ella se dirigió a un pasillo estrecho y sin luz, yo iba detrás siguiendo sus pasos. Se paró en una de las dos puertas que habían, entró, yo me quedé en el umbral. Isabelina se acercó a la cama, vi a una anciana de pelo blanco con el rostro cansado y viejo por los años que estaba acostada. Sólo se le veía la cabeza, me miró y preguntó a Isabelina.

-¿Quiénes?.

-Un regalo que ha bajado del cielo.

-¿No quieres decírmelo?.

-Levántate y hablemos- dijo Isabelina sonriente.

Ella se quedó ayudando a su tía a levantarse, fui al comedor. Miraba la pobreza que había y el silencio de los que no tienen nada..Oí pasos que se aproximaban acompañados de una respiración lenta y dificultosa. Al vernos de frente la reconocí, hacía años que no la veía, era de una edad

Avanzada, apenas podía andar por el reuma. Ella al verme se alegró y dijo.

-¿Eres tú?. ¡Cuánto tiempo sin vernos!.

-Sí mucho-dije al mismo tiempo que le ponía una silla para que se sentara.

-¿Cómo está tu hermana?-preguntó.

-¡Bien! ¿Se acuerda usted de ella?.

-De ella y también de tus padres que en paz descansen.

La anciana miraba a Isabelina y a mí, no comprendía mucho el por qué de mi visita. Se fijó en su sobrina lo sonriente que estaba y, sin poder esperar me preguntó.

-¿Mauricio, qué te trae por aquí?.

-Vengo a pedirle la mano de Isabelina, quiero casarme con ella.

La anciana se echó atrás de la silla y me miró fijamente. Me dijo.

-¿Sabes que tuvo una hija y que hace un mes murió?.

-Sí lo sé. Ella me lo ha contado, sé todo.

-¿Lo sabe tu hermana?-preguntó la anciana.

-No-dije negando.

-Conozco a tu hermana desde que nació, también a ti, creo que vas a tener muchos problemas con ella cuando se lo digas.

Asentí con resignación, luego dije.

-Cuando se lo diga será una lucha sin cuartel pero me da igual. Sé que ésta es mi vida y tengo que luchar por ella pase lo que pase.

-¡Así me gusta que tengas valentía!.

Los tres nos miramos y reímos.

-Mañana es noche buena-dijo la anciana-¿Qué vas hacer esa noche?.

Me quedé parado sin saber qué decir. No había pensado en eso, todos los años los pasaba en casa con mis padres y cuando ellos faltaron, con mi hermana. No hacíamos nada en especial, Más que noche buena, parecía noche de velatorio.

Era una prueba que la anciana me extendió para ver si yo quería a su sobrina, lo comprendí al

momento. Era normal que se preocupara.

Ella al ver que yo no respondía, dijo.

-Estos días son para pasarlo con la familia, te entiendo.

Me incorporé del asiento y reaccioné.

-Ésta noche hablo con mi hermana de nuestra relación. Quiero a Isabelina y nos vamos a casar por encima de todas las cosas.

-¡Me gustas para mi sobrina!-dijo la anciana con una sonrisa.

Miré a Isabelina con verdadero amor, ella me respondía de la misma manera. Sus ojos negros aceituna tenían un brillo especial por lo feliz que era y por la rapidez del giro que dio su vida.

La anciana se levantó de la silla y dijo.

-Me voy a la cama, podéis quedaros hablando todo el tiempo que queráis.

Entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Isabelina y, yo nos quedamos solos. Ella me dijo.

-Quiero hablarte del padre de mi hija.

-¿Es del pueblo?-le pregunte.

-No.

-Entonces no quiero saber nada de tu pasado.

-Eres muy generoso-dijo ella.

Los dos nos fuimos acercando y, por primera vez supe lo que es un beso de amor.

No tenía gana de irme, pero ya era tarde y tanto Isabelina como yo teníamos que descansar. Al día siguiente tenía que levantarme más pronto de lo normal por ser noche buena, la fábrica de azulejos cerraba a las doce del medio día.

Al despedirme de Isabelina le dije.

-No vuelvas más al casino, no quiero que te vean vendiendo tabaco.

-No pensaba volver-dijo ella.

-Mañana por la tarde vendré a verte y te diré como ha ido con mi hermana.

Nos despedimos con las manos cogidas, yo las besé repetidas veces.

CAPITULO -6 –

Caminaba por la calle con el cuello del abrigo subido hasta las orejas. El frío era como un cuchillo que cortaba la cara y las manos.

Al llegar a mi casa encontré a mi hermana esperándome sentada en un sillón junto a la chimenea.

-¿Te has dado cuenta de la hora que es?-dijo al verme-¡Son más de las doce, ninguna noche llegas tan tarde.

-¡Tenemos que hablar!-dije con sequedad.

Ella me miró muy extrañada por la manera de hablarle, y dijo.

-¡Qué raro vienes!.

Me senté frente a ella, era el momento de decirle la verdad, no podía esconderlo por más tiempo.

-Me caso después de que pasen las fiestas y haya arreglado los papeles que necesito.

Se quedó parada, sin saber qué decir. Los ojos algo saltones de ella, parecían salir de su sitio. Hizo

un espanto y dijo con voz agria y desagradable.

-¿Tenías novia y no me lo habías dicho?. ¡Era por eso que venías tan tarde!. ¿Quién ella?.

-Se llama Isabelina y vive con su tía.

-¿Dónde?-preguntó cómo una inquisidora.

-En la calle cantó numero tres.

Mi hermana se puso a pensar buscando quien podría ser. De pronto dio un grito que yo esperaba y dijo con voz agria y seca.

-¿Esa chica?. ¡ Tuvo una hija y murió, no se sabe quién es el padre!. ¿Es con ella que te vas a casar?.

-Sí hermana, es ella. Estoy muy enamorado.

Mi hermana se levanto del sillón y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa, parecía estar loca o que se la hubiera llevado un demonio, era el mismo efecto. Hablaba sola, yo no entendía lo que decía.

-¿Qué va a decir la gente del pueblo?-dijo dando un palmetazo encima de la mesa.

La tuve que parar diciéndole.

-¡Basta ya de tanta comedia!. ¡Estoy arto de ti y no te aguanto!. ¡Esto es cosa mía te guste o no!.

Me miró con agresividad, como si quisiera comerme, me dijo.

-¡Conmigo no cuentas para nada!. ¡Antes no he estado en boca de la gente, ahora tampoco lo voy a estar!. ¡Arréglate como puedas!.

-Eso era lo que yo quería saber, ahora sé lo que tengo que hacer-dije tranquilo.

Ella me miró sorprendida sin entender el significado de mis palabras. Subí a mi dormitorio y me acosté. Traté dormir pero era imposible después de lo sucedido.

Al día siguiente a la salida del trabajo, regresé rápidamente a mi casa. Me duché y me puse en condiciones para salir, al abrir la puerta para irme, mi hermana me dijo.

-¡Recuerda que a las doce vamos a la misa del gallo!.j Después volvemos a casa para cenar como cada año hacemos!.

-Este año será el primero que vayas a la misa del gallos y que cenes sola.

Ella rompió a llorar dando grandes sollozos para que los vecinos la oyeran y pensarán de mi que

era un hermano malo. Conocía todos los trucos para que yo me sintiera mal, decía dando gritos.

-¡Sí nuestros padres vivieran no harías esto, desde que ellos no están me llevas a mal traer!.

Salí de la casa sin responderle, eso era lo que ella quería para que la tomaran por una víctima.

Las pocas tiendas que habían en el pueblo estaban abiertas y llenas de gente comprando comida y golosinas para esa noche. Entré en una, compré todo lo que me gustaba y que también podría gustarle a Isabelina.

Cuando llegué a la casa de Isabelina llamé con la punta del pie, llevaba las dos manos ocupadas con bolsas de comida para hacer y dulces de navidad que las mujeres del pueblo hacían en esta época.

La puerta se abrió en un instante. Parecía que Isabelina me estaba esperando. Ella al verme, me echó una gran sonrisa y me ayudó a coger una bolsa. Todo lo pusimos encima de la mesa.

-Ahora tú eliges lo que vamos a cenar-le dije.

La chimenea estaba encendida, se estaba bien.

La tía de Isabelina estaba sentada en una silla cerca de la lumbre. Su mirada la tenía puesta en mí y en todo lo que había llevado, entre Isabelina y yo íbamos sacando la compra y dejándola sobre la mesa. Miré a la anciana y le pregunté.

-¿Se encuentra mejor?.

-Yo sí pero, Isabelina estaba nerviosa esperándote, sólo hacía que mirar el reloj de la pared.

-He tenido que pararme a comprar todo esto-dije haciéndole un gesto cariñoso a Isabelina. Ella me cogió la mano y jugó haciéndome una caricia.

Ninguno de los dos hablábamos pero las miradas que nos echábamos valían más que las palabras. Ella cogió lo que más le gustaba y empezó a guisarlo. De pronto dijo un poco asustada.

-¡He derramado sal en el suelo!. ¿Pasará algo?.

Me acerqué a la chimenea dónde ella guisaba y le dije.

-No sucederá nada. ¿De qué tienes miedo?.

-En la última cena que Jesús hizo con sus apóstoles, Judas Escariote derramó sal en la mesa.

Me quedé sorprendido, no pensaba que ella supiera esto, yo no lo sabía y eso que había ido todos los domingos a misa con mis padres cuando era un niño y adolescente. Le pregunte.

-¿Cómo lo sabes?.

Fue su tía que respondió diciendo.

-Yo se lo enseñé hace años cuando era una chiquilla y venía los fines de semana a verme.

Isabelina había hecho una sabrosa comida. Los tres estábamos cenando contentos y felices, su tía me preguntó.

-¿Sabe tu hermana que estás aquí?.

-No se lo he dicho pero se lo imagina. Esta tarde nos hemos discutido, se ha puesto borde cuando le he dicho que Isabelina y yo nos casamos.

-¡Madre del amor hermoso!. ¿De esa manera se lo has soltado?.

-Con ella no hay otra, te vas por la barranquilla o te callas para siempre.

-Lo sabía –dijo la anciana.

-Quiero a Isabelina, es la mujer que he estado esperando toda mi vida y, ahora que la he encontrado, no voy a dejar que se me escape.

La anciana observaba la poca malicia que tenía siendo un hombre de treinta años, esperaba casarse con Isabelina sin tener casa dónde vivir, tenía una pero era compartida con su hermana, por nada del mundo se irían allí con ella, sería como estar viviendo en un infierno. Pensando en esto le preguntó.

-¿Tienes casa donde vivir cuando os caséis?.

-Tengo la mía-respondió sin pensarlo.

-¿Tu hermana va aceptar que lleves a Isabelina?.

-No tendrá más remedio, la casa también es mía.

-Lo que estás pensando no es una buena idea. Yo no quiero que mi sobrina pase un calvario con ella. Aquí está el dormitorio de Isabelina, podéis quedaros. Puedes hacer unas reformas y pintarlo. Ya soy vieja, no creo que me queden muchos años de vida, esta casa es para vosotros. Cuando yo, ya no esté, la echáis a bajo y hacéis una nueva y más grande.

Isabelina me miró con alegría, las puertas se abrían para los dos. No había pensado en lo que me dijo la anciana de irnos a vivir con mi hermana. Ahora sólo de pensarlo me dan escalofríos, me hubiera arrepentido toda la vida.

Los tres comíamos la comida sabrosa que hizo Isabelina, estaba buenísima, era buena cocinera. Ella y yo nos mirábamos llenos de felicidad y con deseos que llegara el día que nos casáramos.

-¿Está bien aquí?-me pregunto ella.

Cogí una de sus manos y le dije.

-Jamás he estado en otro lugar mejor. Quiero estar siempre a tu lado.

La anciana nos miró con ojos picarones y dijo.

-Seréis una pareja feliz, muy feliz.

Vi que por las mejillas de Isabelina caían dos lágrimas. Acaricié su mano y le pregunté.

-¿Qué ocurre?.

-Estoy pensando en mi hija, ella habría sido feliz aquí con nosotros.

Su tía le dijo con voz serena para tranquilizarla.

-Hija mía, tienes que ser valiente y afrontar con fuerza las adversidades, la vida está compuesta de eso. La niña no habría podido sobre vivir con la enfermedad de corazón tan aguda con la que había nacido.

Yo no había conocido a la niña y sentía mucha pena por lo ocurrido. Pasé hablar de otra cosa, sobre todo para que Isabelina no pensara.

-He conocido a un anciano que vivía en una cueva con su perro en la montaña. Me gustaría encontrarlo, saber de él. Un día lo fui a visitar y me enseñó mucho sobre la naturaleza, es un viejo sabio que creció entre árboles, flores y muchas especies de animales del bosque.

-¿Qué te enseñó?-preguntó la anciana.

-Conoce bien a la madre naturaleza, sus ciclos y movimientos que tiene cada uno. El carácter de muchos animales y sus comportamientos.

-¿Ya no está en la montaña?-me preguntó Isabelina.

-No, ni en ningún sitio de por aquí. Lo he estado buscando, se ha ido del pueblo.

-¿Es un anciano de ojos azules y mirada tierna?.

Isabelina preguntó como si lo conociera.

-¿Sabes quién es?-le pregunte.

Ella empezó a relatar dirigiéndose a su tía y a mí.

-Era verano y fui un día por la mañana al campo a coger manzanilla, tomo todas las mañanas una infusión. Cerca había un anciano sentado en la hierba junto a su perro, un labrador blanco. El animal vino hacia mí y empezó a olerme. Yo sentí miedo y alerté al anciano diciéndole, que cogiera a su perro porque podría morderme. Él me contesto que su perro era tierno y dulce como la miel. Él vino hasta mí y me preguntó.

-¿Te gusta la manzanilla?.

-Sí- le respondí.

-¿Sabes qué efecto tiene a favor de la persona?.

-No lo sé-le dije- Pero tomo todas las mañanas una taza y todo el día me encuentro bien.

-Entonces sabes utilizarla. ¿Conoces la naturaleza?.

-No sé a qué se refiere-le contesté.

-Tienes que saber quien la dirige y vive en ella.

-No sé tantas cosas-le contesté.

Él hizo un ademán para que nos sentáramos en la hierba, ya cómodos me dijo.

-Mira los campos repletos de flores, cada especie tiene su color, se lo dio la madre naturaleza al crearlas con la belleza marcada en sus pétalos de gran poder de seducción.

Yo lo miraba ensimismada, sus frases en mis oídos sonaban a música celestial, las flores parecían que me cantaran para que yo las mirara y contemplara su belleza y la belleza de quién las había creado. El perfume que desprendían llegaba hasta nosotros. Aspiré con la cara levantada el aroma a florecillas del campo. Nunca podré olvidar ese día tan especial que pasé junto al anciano y su perro. Siguió diciéndome.

-La madre divina es el espíritu de dios, es el pensamiento de todo ser humano y que vive dentro de cada uno. Es el femenino de dios la que crea sólo en pensarlo.

Isabelina hizo una pausa y respiró profundamente. Miraba la manera en que nos habíamos quedado.

CAPITULO -6 –

-¿Qué tiempo hace de esto?-le pregunte.

-Cuatro años creo.

-¿Cómo es posible que después de cuatro años te acuerdes de todo lo que te dijo?-le pregunte.

Su tía al igual que yo le dijo.

-Nunca me has hablado de este anciano. ¿Por qué?.

-Vivía en casa de mis padres-respondió ella.

-Tienes una memoria privilegiada-le dije.

-El anciano me confirmó que me acordaría de todo lo que me dijo. Siempre recuerdo ese día.

La leña de la chimenea había acabado de arder. Me levanté de la silla y fui a poner más. Al darme la vuelta miré el reloj de pared, vi con asombro que eran las dos de la madrugada. Volví a pensar en mi

hermana, lo debía estar pasando mal. La imaginaba acostada y llorando como hacía siempre que no podía salirse con la suya. Como era tan tarde recogimos la mesa entre Isabelina y yo. Su tía se despidió de mí y se fue a la cama.

Isabelina y yo nos quedamos solos, ninguno de los dos decíamos nada, teníamos las manos cogidas, nos abrazamos y nos besamos como dos enamorados que pronto iban a unir sus vidas.

Al entrar en mi casa sentí un vacío muy grande dentro de mí. Estaban todas las luces apagadas, había un gran silencio, un silencio estremecedor que me daba miedo y escalofrió por el cuerpo. Ella siempre dormía con la puerta de su dormitorio abierta, ahora la tenía cerrada. Eso quería decir, que no quería hablar con migo. Entré en mi dormitorio, me acosté, tenía mucho sueño.

A la mañana siguiente me despertó la lluvia fuerte que caía, era un día de navidad frío y lluvioso. Consulté el reloj de pulsera, eran las doce del mediodía. Fui al baño, me duché y cuando estuve bien aseado bajé las escaleras sin prisa. Encontré

a mi hermana sentada en su sillón cerca de la chimenea. Tenía la cabeza baja y dando la espalda a donde yo estaba. Era evidente claro que no quería hablar conmigo, yo tampoco sentía la necesidad de comunicarme con ella, era seca y ruda cómo una mata de ortigas que por donde se cojan pinchan. Estaba arreglada para salir, me extrañó verla bien vestida, pensaba que iba a misa al ser el día de navidad. Yo me disponía hacer un café para despejarme, mientras lo tomaba quise romper el hielo preguntándole.

-¿Vas a misa con el tiempo que hace?.

Ella me hecho una mirada dura, con voz seca y distante, me dijo.

-Vamos a comer a casa de la señora Alejandra, nos ha invitado.

Pensé en esa señora, ella todavía tenía una hija para casar, era algo mayor que yo, quizá tres años. Yo me negaba a ir estaba seguro que mi hermana y esa señora habían tramado algo raro. Le pregunte.

-¿Por qué vamos a comer a casa de esa mujer?.

-Ella y su hija quieren que vayamos.

Cuando mencionó la hija, pensé que mis dudas se habían confirmado, no quería ir, era una trampa que me habían puesto para que yo picara. Eran gente con mucho dinero, unos de los más ricos del pueblo con un montón de fincas y obreros que trabajaban para ellos. Toda esta clase de gente me sobraba, creían tener cultura porque eran ricos y poderosos y, podían manejar a las personas a su antojo-¡Me daban asco!.

-¿Qué vicho le ha picado a la señora Alejandra para que nos invite?-le pregunté a mi hermana sabiendo la respuesta que me iba a dar.

-Hoy es navidad, lo hace para que no la pasemos solos.

Me enfade por querer tomar-me por un idiota, le dije.

-¿La señora Alejandra se preocupa ahora por la gente que pasan solos la navidad? ¡Nunca nadie le ha importada nada, solo su dinero!.

-Ella piensa en ti y en mí-dijo mi hermana queriéndome conformar.

-¡Yo no estoy solo!-le dije-¡Tu tampoco lo estarías

si fueras de otra manera!.

Sus ojos saltones se clavaron en mi, pegó un golpe en cima de la mesa y dijo con rabia.

-¡De qué manera quieres que sea! ¡Me dices eso porque no acepto que te cases con una mujer fácil!.

A oír eso me fui hacía ella para decirle todo lo que pensaba de su persona y le dije lleno de rabia.

-¡No me vas a herir con tus palabras de solterona amargada y, dejada por dos novios que no soportaban tu carácter de mujer necia y aburrida.

No se inmutó por lo que dije, le había sentado bien que le dijera la verdad recordándole su pasado. Cogió una cesta que había encima del parador y dijo como si no hubiese pasado nada.

-¡Vamos que nos esperan para comer!.

Cuando íbamos por la calle le pregunte.

-¿Cuándo nos ha invitado a comer la señora Alejandra?.

-A noche al salir de la misa del gallo, estuvimos hablando en la puerta de la iglesia.

Estaba seguro que habían hablado de mí y de

Isabelina. Ya iba preparado para lo que ocurriera. Nadie me iba hacer cambiar de opinión sobre el amor que yo sentía por Isabelina aunque hiciera dos días que iba con ella en serio.

Habíamos llegado a casa de la señora Alejandra, fue su hija quien nos abrió la puerta. Ella me sonreía y en especial, me miraba más de lo que yo deseaba en ese momento, no le hacía caso a su sonrisa ni a su mirada, iba detrás de mi hermana escondiéndome. En esos instantes pensaba en Isabelina, no podía quitármela de la mente, por la tarde iría a verla, en eso quedé con ella antes de despedirme la noche anterior, estaba deseando que llegara la hora.

Estábamos a la mitad de la comida, la señora Alejandra y mi hermana no paraban de hablar de casorios, de quien se había casado últimamente. Criticaban la manera de cómo lo hicieron y como iban vestidos.

Yo iba comiendo sin gana, en la mesa no faltaba de nada y ni siquiera recuerdo lo que comí porque no me importaba estar en esa casa ricamente a mueblada y con servicio. Estaba incomodo por las

miradas que me echaba la hija, me hubiera comido si la hubiera dejado. Su madre llamó mi atención diciéndome.

-El hombre que se case con mi hija va a tener mucha suerte. Es un encanto de mujer, es guapa y cariñosa, y, sobre todo tiene para vivir toda su vida sin tener que trabajar. ¿No te gustaría una mujer como ella?.

Hice como si no la hubiera oído, me entretuve con el gato que iba por debajo de la masa acariciándome las piernas con su cola. A largó su mano hasta la mía, la tocó y me preguntó.

-¿Cuándo piensas echarte novia?.

Ya me tenía arto, la miré y le dije.

-¡Tengo novia y pronto nos vamos a casar!.

Dio un grito de espanto. Su hija se quedó más seria que una espátula. Mi hermana bajó la cabeza avergonzada, seguidamente las miró y dijo.

-No es sería la relación que tiene y la chica tampoco lo es.

Al oírla decir eso, me puse de pie y dije muy enfadado.

-¡He venido obligado por mi hermana, pero todo tiene un límite!. Gracias por la comida y por la conversación que ha sido muy amena.

Salí de la casa arrepentido de haberme comportado como un estúpido y mal educado pero, es que no podía más aguantar la situación en la que me habían metido las tres. Aquí me di cuenta lo mala persona que era mi hermana, en la trampa que me había metido, me esperaba que sucediera algo pero no tan fuerte.

Me fui a casa, mi hermana vino una hora después, me lió la de san quintín. Me dijo de todo lo peor que se le puede decir a una persona que se quiere. Sus sentimientos hacía mí estaban nulos, me despreció con palabras groseras y ordinarias dejándome por los suelos. No le respondí a nada, era mejor dejarla que me insultara para que se encontrara después mejor. Eso era lo que había hecho siempre conmigo.

Subí a mi dormitorio y me encerré dentro esperando la hora para ir a casa de Isabelina, ella me colmaba de ilusión y de esperanza para seguir una nueva vida los dos juntos.

CAPITULO -7 –

Las fiestas de navidad y de año nuevo habían pasado. Estábamos haciendo los trámites para casarnos. Entre Isabelina y yo habíamos empezado hacer unos arreglos en el dormitorio de ella y que más tarde sería de los dos. Cuando estuviera terminado quedaría una alcoba preciosa y, acogedor nido de nuestro amor. Habíamos pintado el dormitorio de dos colores, rosa malva y azul cielo. Nos lo pasábamos en grade haciéndonos bromas y jugando, parecíamos niños. Compré un dormitorio nuevo, el que más nos gustó de la tienda de un pueblo grande de al lado. Nuestra felicidad cada día iba en aumento. Yo tenía muchos detalles con Isabelina, ella también conmigo. Un solo deseo teníamos, era estar casados para vivir juntos nuestra historia de amor.

Mi hermana apenas me dirigía la palabra, cuando iba a mi casa era como estar en la suya, no me sentía cómodo, comía de lo que ella había guisado pero no juntos. Comía antes de que yo llegara para

que comiera solo, para mí era mejor no ver la cara agría que se le había puesto cuando vio en la entrada de la iglesia dos atestaciones con la fecha que me casaba con Isabelina. Desde entonces estaba insoportable, solo le faltaba la escoba para volar por el aire.

Isabelina y yo fuimos al pueblo más grande que había cerca del nuestro. Yo le compré el vestido que más le gustó para nuestra boda. Era un vestido de salir bonito y elegante. Yo me compré un traje beige claro.

No habíamos invitado a nadie a nuestra boda. Por parte de Isabelina solo tenía a su tía. No pensó en sus padres, cuando ella se quedó embarazada del novio que tuvo, ellos la echaron a la calle sin piedad por haber manchado el honor de la familia, fue su tía quién la recogió. Por parte mía sólo tenía a mi hermana, con ella no podía contar, me había repudiado y casi echado a la calle.

Tanto Isabelina como yo habíamos nacido en el pueblo, tanta gente que conocíamos y nadie nos hablaba, nos daban de lado cuando pasábamos cerca de ellos, los que fueron mis amigos, ya no lo eran, hacían como que no me habían visto, negaban

nuestra amistad para que sus esposas y la mía no se juntaran en reuniones. Los compañeros que tenía de trabajo hicieron lo mismo, incluso me habían sacado una coplilla para reírse de mí. Nos habíamos quedado solos sin nadie que nos hablara en el pueblo pero, eso a Isabelina y a mí nos daba igual, nuestro amor sobre salía por encima de todos los obstáculos que nos pusiera la vida.

La boda era en una semana, teníamos que llevar dos testigos, nadie quería prestarse, si no teníamos a dos personas para presenciar nuestro enlace, la boda no se podía celebrar.

Era finales de Enero. El cielo resplandecía por la luz y colores que da este mes. El sol calentaba durante el día, pero a la tarde hacía frío y dónde mejor se estaba era cerca de la chimenea.

Salí del trabajo y como hacía cada tarde cogí el caminillo que iba hasta el pueblo. Mi sorpresa fue enorme y un regalo del cielo al ver que delante de mí iba el anciano acompañado de su perro nata. Mi corazón saltó de alegría, aceleré el paso para alcanzarlo. El perro escuchó mis pisadas y se dio la vuelta para miran de quién se trataba.

CAPITULO -8 –

El anciano hizo lo mismo, se paró a esperarme con una gran sonrisa. Al llegar junto a él le demostré mi alegría y mi gratitud de encontrarlo.

-¡Hola muchacho! ¿Cómo estás?-preguntó.

Tenía tantas cosas que contarle que no sabía por dónde empezar. Puse mis manos sobre sus hombros como si de mi padre se tratara, respiré profundamente antes de hablar.

-¡Gracias a dios que lo encuentro!-dije.

-¿Qué te ocurre?. ¡Dime lo que te pasa!.

-Tengo que hablar con usted, es muy importante y corre prisa-dije casi con pena.

-No te preocupes, todo tiene solución-dijo dándome una palmadita en la mejilla para que me tranquilizara.

- Necesito hablar ahora con usted. ¿Es posible?.

-Claro que sí. Vamos dónde quieras.

-Lo llevo a casa de mi futura esposa, quiero presentársela y hablar del problema que nos trae.

-Me alegro mucho que hayas elegido una mujer para casarte.¿ Cómo se llama ella?.

-Isabelina, dice que lo conoce, lo vio hace cuatro años en la montaña cogiendo ella manzanilla.

-La recuerdo. Es muy bonita, vas a tener suerte con esa muchacha.

Habíamos llegado, llamé a la puerta, abrió Isabelina. No iba vestida como una diosa pero yo la vi así, sólo tenía ojos para ella y para sus encantos personales que eran muchos. Se sorprendió al verme acompañado del anciano y de su perro.

Dentro de casa y sentados junto a la chimenea, hablamos con el anciano del problema qué teníamos si no encontrábamos dos testigos para casarnos.

-¿Dónde está el problema?-dijo riendo feliz.

Isabelina y yo nos miramos sin comprender. Él al ver que seguíamos de la misma manera dijo.

-Un testigo puede ser la tía de Isabelina y el otro yo. ¡El problema está solucionado!.

Tanto Isabelina como yo rebosábamos de alegría. Dijimos al anciano que se quedara a cenar, él

accedió. Normalmente las comidas yo las hacía en casa de mi hermana hasta que nos casáramos, pero esa noche fue una excepción.

Después de cenar se fue el anciano, dijo que lo estaban esperando cerca del río. Al día siguiente fue él y la tía de Isabelina a la iglesia para dejar sus nombres y apellidos para ser testigos de nuestra boda.

El día tan deseado había llegado para Isabelina y para mí. La noche anterior a la boda nos habíamos despedido con un beso muy profundo, tanta era nuestra felicidad que no podíamos separarnos.

Al llegar a casa mi casa la encontré triste y sola. En la chimenea quedaba un chopo de leña consumido, mi hermana estaba en su dormitorio con la puerta cerrada al día siguiente me casaba, hubiera querido tener una conversación amable con ella y pedirle perdón si en algo le había fallado. Ella no me dio opción a nada, había perdido la guerra y se encontraba derrotada y dejada por ella misma. Estaba seguro que no la vería al día siguiente, no se dejaría ver para hacerme aún más daño. Le escribí

una carta diciéndole lo mucho que la quería y que me perdonara por haber querido hacer mi vida con la mujer que amaba. Dejé la carta encima de la mesa del comedor para que a la mañana siguiente la leyera. Ya era tarde cuando me fui a dormir, tenía que estar guapo y fresco a la mañana siguiente.

Era domingo el sol brillaba, parecía que supiera que ese día Isabelina y yo contraíamos matrimonio.

Nos casaron a las diez de la mañana. La gente del pueblo esperaban vernos salir en la plaza de la vieja iglesia, unos sentados en bancos de piedra y otros de pie, para no tener invitados, nuestra boda fue una fiesta para todos. Isabelina y yo nos paseamos por el pueblo cogidos del brazo para que vieran lo felices que éramos.

Isabelina estaba preciosa. ¡Era preciosa!. Yo iba orgulloso del brazo con ella. Había elegido un vestido color granate y un chaquetón color caña, botines haciendo juego con el vestido, se había hecho un peinado moderno. Parecía una reina, para mí lo era, no la hubiera cambiado por una chica de

Veinte años. Ella tenía veintisiete, yo había cumplido treinta y uno.

Todos los obstáculos y lo que la gente del pueblo habló de nosotros, nos hizo más fuertes para cualquier adversidad que tuviéramos en la vida.

De regreso a casa nos esperaban sonrientes y contentos el anciano y la tía de Isabelina, no puedo olvidarme de nata, se quedó en casa mientras estábamos en la iglesia casándonos.

El anciano comió con nosotros. Isabelina hizo un día antes una sabrosa comida que había dejado preparada y un delicioso postre incluido.

Por la tarde se fue el anciano con su perro dejándonos un bonito recuerdo. Nos dejó una poesía escrita de su puño y letra, más tarde se hizo realidad lo que había escrito y que decía .

Dentro de un años tendréis vuestro primer retoño. Será varón con el espíritu del niño que yo en un cierto tiempo desprecie sin dejarlo crecer, se fue de la tierra para más tarde volver.

Dos años después tendréis una niña linda como su

Madre Isabelina. Es el espíritu de su bonita hija que un día se fue para más tarde volver.

De esa manera, mi misión en la tierra habrá acabado yéndome a otros mundos con los conocimientos de este, iré reparando mis errores.

Os dejo mí corazón cansado y viejo pero con mucho amor que siempre lo ha ocupado.

Mi perro blanco es una bella criatura que dio la madre naturaleza para que nos conduzca. Se quedará aquí en la tierra, es posible que un día os lo encontréis caminando solo o acompañado de otro mendigo anciano como yo.

Al año de estar casados nació nuestro hijo Álvaro guapo y hermoso como una espiga en un trigal. Dos años más tarde nuestra hija Cecilia con el encanto y carisma de su madre. Nuestras vidas estaban y siguen estando llenas de felicidad. Le dimos a nuestros hijos educación y respeto hacía las demás personas, y, sobre todo mucho amor. Iban al colegio con los demás niños y niñas, eran queridos por todos y respetados porque ellos también respetaban. En los estudios eran buenos.

CAPITULO -9 –

Un día nos comunicaron que querían hacer la carrera veterinario. Tanto a Isabelina como a mí nos gustó, las enseñanzas que le dimos habían dado su fruto. Nunca les dijimos lo que tenían que hacer cuando fueran mayores, todo salió de ellos.

En casa tenemos dos perros que encontramos abandonados en la calle y, tres gatos que vienen cada día para que les demos de comer, sin contar los pájaros que llegan al patio para que le echemos grano, nuestra casa parece el arca de Noé.

Al año de nacer nuestra hija Cecilia, murió la tía de Isabelina. Nos dejó de testamento la casa. La hicimos de tres pisos, uno para Álvaro cuando tuviera edad de vivir solo, otro para Cecilia y la planta baja para Isabelina y para mí. Habíamos hecho un gran jardín, estaba lleno de plantas, rosales, jazmín y azucenas blancas, dejaban mucho perfume, sobre todo por la noche cuando el jazmín desprende mejor su aroma.

Siendo nuestros hijos pequeños no conocían a mi hermana, ella nunca hizo nada por verlos. Un día los llevé para que la conocieran y supieran que tenían una tía. No les prestó atención, ni quiso hablar con ellos, me fui triste y pensando en ella. Era una vieja amargada y solitaria. Sólo salía de la casa para ir a misa todas las mañanas, de paso compraba lo que necesitaba para comer.

La evolución de pensamiento de la gente del pueblo había cambiado. Las parejas antes de casarse se iban a vivir juntos, los padres que nos había criticado a Isabelina y a mí, ahora agachaban la cabeza cuando nos veían, seguían sin querer pararse a saludarnos por vergüenza a que le preguntáramos por sus hijos.

El pueblo se hizo más grande, edificaron edificios de cinco plantas, se vivía muy bien. El casino lo derribaron y construyeron otro más grande y más lujoso. Isabelina y yo nunca fuimos a tomar una copa, siempre teníamos trabajo en casa con los niños que nos distraían y jugábamos con ellos.

Mi hermana enfermó, el único que iba a verla era yo, el médico me dijo, que tenía una enfermedad grave incurable. Se quedó muy delgada, tanto que podía subirla y bajarla de su dormitorio al comedor en mi brazo. Se negaba a comer y hablar, cuando empezó a hacérselo todo en cima, era Isabelina que venía conmigo para limpiarle sus partes íntimas y lavarla. Se daba cuenta de todo pero nunca daba las gracias por nada que se le hiciera, cerró la boca para siempre. Los alimentos que tomaba eran líquidos, se había quedado sin muelas y sin dientes a causa de su enfermedad. En la manera en que estaba no podía seguir y tampoco nosotros. Por recomendación del médico y otros pasos que yo tuve que dar arreglando papeles, pudo entrar en la residencia que había en el pueblo. Yo iba todos los días a verla, pero a ella le daba igual. Le preguntaba cómo se encontraba no respondía, siempre estaba con la barbilla pegada en el pecho y los ojos cerrados, de esa manera se libraba mirarme. Ella era un caso aislado, mis padres ninguno de los dos habían sido así. Eran queridos por la gente del pueblo y cuando murieron lo sintieron mucho. Tanto a mi hermana como a mí nos dieron la misma educación y cariño, yo no entendía por qué mi

hermana era de esa manera de ser.

Había llegado el fin de sus días. El médico que la llevaba en la residencia, me comunicó que sólo le quedaban unas horas de vida. Isabelina y yo no queríamos que muriera sola y fuimos. A un lado de la cama había una enfermera y al otro el médico con el pulso cogido y esperando a que dejara de respirar.

En esos instantes me vinieron imágenes y recuerdos de cuando éramos niños y adolescentes. Los dos jugábamos y reíamos. Era mandona por ser la mayor, me dirigía para que hiciera lo que ella me mandaba, yo la obedecía cómo a mi madre. La acostumbré de esa manera, podría ser que no fuera de ella toda la culpa de su comportamiento conmigo.

El médico hizo una señal con la mano anunciando que había muerto. La estuve llorando un rato cuando se fueron el médico y la enfermera.

A su entierro fueron la gente mayor del pueblo acompañándonos. Se quedó con mis padres, ese era su testamento.

CAPITULO -10 –

La casa de mis padres decidí venderla por un precio simbólico. Tenían que echarla abajo para hacer otra nueva. Ahora es una casa de dos plantas como era antes pero, con una fachada moderna, cuando paso por delante me paro y recuerdo que ahí nació.

Isabelina era y sigue siendo una mujer feliz, esa felicidad me la fue transmitiendo hasta que hizo de mí un hombre equilibrado y armonioso en todo lo que hacía. Tuve mucha suerte en casarme con ella, el anciano la conocía bien, me dijo que seríamos felices, no se equivocó como en nada de lo que dijo.

Álvaro y Cecilia acabaron la carrera de Veterinario, al poco tiempo trabajaron para una clínica tres años. Ellos iban guardando todo lo que ganaban, no se gastaban nada. Un día nos dijeron que querían hablar con su madre y conmigo y nos pusimos a dialogar los cuatro. Álvaro expuso.

-Necesitamos que nos ayudéis a llevar a cabo el

proyecto que Cecilia y yo tenemos pensado de hacer los dos juntos.

Isabelina y yo nos miramos sorprendidos, no sabíamos a qué se estaba refiriendo y le dije.

-Di de qué se trata, tienes a tu madre y a mí en una completa intriga.

-Tenemos en mente, tener una clínica nuestra propia pero para eso se necesita mucho dinero, con el que hemos ahorrado del trabajo de tres años, no nos llega.

Isabelina se dirigió a mí diciéndome.

-Están pidiendo que los ayudemos para poner la clínica.

-Sí claro-respondí-Sois nuestros hijos y tenemos el deber de hacerlo. ¿Cuánto necesitáis?.

Álvaro puso sobre la mesa una nota con la cantidad que necesitaban, era algo más de lo que me dieron por la venta de la casa de mis padres.

-¿Para cuándo lo necesitáis?-le pregunte.

-Tenemos en vista un gran local en el pueblo de al lado, hemos pedido presupuesto y nos lo han dado.

-Ingresaré esa cantidad en tu cuenta-le dije.

Cecilia estaba callada pero muy contenta, tanto ella como su hermano sabían que los íbamos ayudar, se lo merecían por ser tan buenos hijos y sobre todo buenas personas.

Tres meses después tenían clínica propia, también dos personas terminando la carrera de Veterinario, se esmeraban para curar las enfermedades de los animales que les llevaban. Habían adquirido fama de ser buenos cirujanos.

Al volver una tarde de la clínica, traían un perro de raza labrador blanco como nata. Tanto Isabelina como yo nos sorprendimos al verlo.

-Lo traemos aquí-dijo Cecilia-Esta mañana ha venido un anciano y nos ha pedido que nos quedemos con él una semana hasta que vuelva de un viaje que tiene que hacer.

-¿Como es el anciano?-le pregunte.

-Pelo canoso y algo largo igual que su barba, ojos azules.

-¿Os dijo algo más?.

-Dijo que se llamaba bella criatura.

Al oír este nombre, tanto Isabelina como yo nos miramos sorprendidos, no sabíamos qué decir. Nuestros hijos se dieron cuenta de nuestra reacción. Álvaro preguntó.

-¿Conocíais a este anciano y al perro?.

-Tenéis derecho a saber la verdad. Sentaos que vuestra madre y yo os la vamos a contar-les dije.

Habían pasado seis meses que dejara el anciano al perro, no había vuelto a buscarlo. Entonces fue cuando comprendimos que se había ido definitivamente de este planeta dejándonos de recuerdo a su bella criatura.

Clara Eisman Patón.